



LA  
SALVACIÓN  
DE LADY  
SCHELLIN

CLAUDIA CARDOZO



VESTALES

Titulo

# La salvación de Lady Sche- llin

Claudia Cardozo

# Índice

## [LA SALVACIÓN DE LADY SCHELLIIN](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Poesía](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

## SINOPSIS

No hay otra salvación para lady Schellin que la que puede buscar en sí misma. No hay otra salvación que la que los afectos, las amigas, ese grupo de mujeres con el que comparte un ideal, con el que luchan por ser iguales, le pueden dar. Después de descubrirse, de reconocerse como una mujer antes que como una lady, entonces también puede rescatarla el amor.

Antes de ser lady Schellin, antes de casarse de manera impetuosa, casi por despecho, con los halagos y las atenciones de un hombre que pronto las dejaría de lado, Anna Sinclair era una joven alegre, radiante, vivaz. Unos años después, tras un matrimonio sin placer ni complicidades, tras una viudez prematura y casi un alivio, lady Schellin se ha vuelto una joven mujer introvertida, un tanto dura, melancólica. Vive en la campiña, en la propiedad que ha heredado de su marido, alejada de la ciudad y de los vínculos sociales.

Un compromiso familiar la devuelve a Londres para acompañar a su cuñada en los últimos meses del embarazo. También la devuelve a las fiestas, al roce con los otros. Allí vuelve a ver lord Benedict Cahill, hermano de una amiga, con quien comienza una tensa amistad. También comienza a reunirse con las sufragistas y participar en las manifestaciones que reclaman el derecho al voto de las mujeres.

Poco a poco, la melancolía comienza a evaporarse, la soledad muta en compañerismo dentro de un grupo de mujeres que se organiza, la desconfiada amistad con lord Cahill parece cambiar por un anhelo, por la promesa de un placer tanto tiempo negado.

Claudia Cardozo ha escrito una novela intimista, una novela que habla de la formación sentimental de una mujer, que muestra el camino recorrido hasta encontrarse consigo misma y sus deseos

.

Claudia Cardozo

La salvación de Lady Schellin. - 1a ed . - San Martín : Vestales,  
2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-4454-48-5

1. Novelas Históricas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2019.

© de esta edición: Editorial Vestales.

[info@vestales.com.ar](mailto:info@vestales.com.ar)

[www.vestales.com.ar](http://www.vestales.com.ar)

ISBN 978-987-4454-48-5

Primera edición en libro electrónico (epub): junio del 2019.

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,  
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,  
bajo las sanciones establecidas en las leyes,  
la reproducción total o parcial de esta obra  
por cualquier medio o procedimiento,  
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,  
y la distribución de ejemplares de ella  
mediante alquiler o préstamos públicos.

*A Milagros, que ha sido amiga y hermana.*

Recuerdo aquel instante prodigioso  
en el que apareciste frente a mí,  
lo mismo que una efímera visión  
igual que un genio de belleza pura.

En mi languidecer sin esperanza,  
en las zozobras del ruidoso afán,  
tu tierna voz se oyó en mi largo tiempo  
y soñaba con tus divinos rasgos.

Transcurrieron los años. La agitada  
tormenta dispersó los viejos sueños  
y al olvido entregué tu tierna voz  
así como tus rasgos celestiales.

En cautiverio oscuro y tenebroso  
mis días en silencio se arrastraban,  
sin la deidad y sin la inspiración,  
sin lágrimas, sin vida, sin amor.

Mas ahora que el despertar llegó a mi alma,  
y de nuevo apareces ante mí,  
lo mismo que una efímera visión  
igual que un genio de belleza pura.

Y el corazón me late arrebatado  
porque en él nuevamente resucitan  
La inspiración y la divinidad  
y la vida, y el llanto y el amor.

Alexandr Pushkin, 1825  
(Para Anna Pyetróvna Kem )

## PRÓLOGO

Londres, 1904.

La noche en que Anna Sinclair selló su destino, cometió dos infidencias que habrían de pesarle mucho. De haberlo sabido entonces, claro, otro habría sido su proceder, pero en esa época era demasiado joven e inexperta para siquiera imaginarlo. Tenía dieciocho años, era hermosa, rica y contaba con el apoyo de una familia amorosa. En realidad, lo tenía todo, pero, como nos sucede a muchos con frecuencia en determinados momentos de nuestra vida, le costó ser consciente de esa buena fortuna hasta que fue ya muy tarde y empezó a perder lo que daba por seguro. Entonces solemos mirar al pasado sobre nuestro hombro y, aun cuando estemos dispuestos a dar todo lo que poseemos para recuperar lo perdido, resulta simplemente imposible. Anna no sabía nada de ello, nadie le había hablado jamás de los vaivenes de la vida, y aquella noche se sentía invencible.

La velada había empezado muy bien, se dijo ella luego al intentar encontrar una pista de lo que habría de sobrevenir. Sin embargo, ya que las consecuencias de sus propios actos en realidad no serían palpables hasta mucho después, nunca habría tenido manera de adivinar lo que ocurriría.

Cuando colocó un pie en la escalera que conducía al salón de baile en la mansión de los condes de Falmouth, se sintió flotar como en una nube. Era su primer evento formal desde la presentación a la reina, hacía solo una semana, y estaba deseosa de deslumbrar a los asistentes. En aquella

época era lo bastante vanidosa para saber que no le resultaría muy difícil, y su madre se había encargado de alimentar esa presunción al asegurarle que no había joven más bella en toda Inglaterra. Tal vez eso fuera un poco exagerado, claro, pero Anna le había creído y había guardado esas palabras como un amuleto sujeto con firmeza al pecho.

Aquel día, además, estrenaba uno de sus vestidos más hermosos. Rose, su cuñada, la había acompañado a recogerlo esa mañana, y estaba tan radiante como si se tratara del día de su boda. Mientras subía los empinados escalones a unos cuantos pasos del resto de su familia y fijaba la mirada en los amplios hombros de su hermano mayor, William, quien tendía una mano a su esposa para ayudarla a avanzar, se dijo que ardía en deseos por que tal acontecimiento ocurriera pronto. Quería casarse y tener lo mismo que ellos; esa era su mayor ambición. Y aunque habría quienes le dirían que no dejaba de ser un anhelo poco profundo, eso a ella no le importaba. Le bastaba con ver la manera en que William y Rose se miraban para saber que no descansaría hasta que un caballero la viera del mismo modo, como si ella fuera lo más valioso en el mundo para él.

En realidad, la primera infidencia de la noche estuvo relacionada con su hermano y su adorable esposa.

Luego de bailar con dos caballeros que le obsequiaron todo tipo de cumplidos y que ella recibió con el modesto recato que su madre le había inculcado, aunque le costó mucho no mostrarse tan entusiasmada como habría deseado, decidió dirigirse al servicio. La deliciosa limonada que lady Falmouth había dispuesto para los invitados le había terminado jugando una mala pasada. Tras conseguir burlar la férrea vigilancia materna, que habría insistido en acompañarla incluso allí, Anna se las arregló para dar con el lugar. Ya había estado muchas veces en Falmouth House, ya que era buena amiga de las hijas menores del conde, y habría podido recorrer la mansión con los ojos cerrados.

Cuando regresó sobre sus pasos, dispuesta a retornar al salón en tanto repasaba los nombres de los caballeros a quienes había prometido los siguientes bailes, unas risas provenientes de las puertas que daban al jardín atrajeron la atención de la joven Anna. Sabía que no estaba bien espiar, pero, ya que las reconoció de inmediato, supuso que no se metería en demasiados problemas si la descubrían. Con una sonrisa divertida, lista para emitir un comentario socarrón respecto a la incapacidad de su hermano para comportarse en una casa ajena, se dirigió al lugar del que provenía el sonido, pero los pasos se congelaron al toparse con la escena que se presentó frente a ella.

William tenía a su esposa sujeta por la cintura, en tanto Rose, con los ojos cerrados, le rodeaba el rostro con las manos para atraerlo hacia sí en un gesto de entrega tan absoluto que Anna sintió que se le erizaban los vellos de los brazos. El sonido de las risas había cesado, y William buscaba los labios de su mujer con la misma desesperación que habría mostrado un sediento ante una fuente. Las manos del caballero subían y bajaban por la espalda de la dama, y Anna dio un paso hacia atrás cuando oyó que Rose emitía un gemido que reverberó en el espacio como un lamento.

Sin detenerse a pensar, consciente de que acababa de cometer una tremenda indiscreción y de que William la despellejaría viva si la atrapaba allí, se dio vuelta y regresó por donde había llegado tan rápido como pudo. Una vez que estuvo lo bastante lejos como para sentirse segura, sin embargo, se detuvo un momento en un pasillo silencioso, aún demasiado abrumada por lo que acababa de ver como para regresar al baile sin que se notara el bochorno que la inundaba. Al llevarse las manos a las mejillas, notó que ardían y se abanicó en un patético intento de recuperar la normalidad. Desde luego, no era la primera vez que se encontraba frente a una demostración de afecto entre su hermano y su cuñada; una pareja tan enamorada como ellos compartían tales gestos todo el tiempo y, dado que vivía

con ellos, resultaba de lo más usual, incluso le gustaba burlarse al respecto. Pero nunca hasta entonces los había descubierto en medio de una escena tan apasionada y, cuando recuperó el ritmo habitual del pulso, no pudo contener un suspiro al imaginar lo que debía de sentirse ser deseada de esa manera, tocada con un anhelo y una necesidad como aquellos.

Técnicamente, ella no debía conocer nada acerca de ese tipo de cosas. Su madre pondría el grito en el cielo si se enteraba de que le pasaban ideas como esas por la cabeza. Pero Anna acababa de cumplir dieciocho años, era en extremo soñadora e ingenua y tenía, además, algunas amigas con mucha más experiencia que no dudaban en comentar los escauceos con algunos caballeros que esperaban que se convirtieran en futuros esposos.

Anna se llevó una mano al pecho y se apoyó en la pared del corredor antes de exhalar un nuevo suspiro. Era eso lo que deseaba: quería un amor como el de Rose y William. En su opinión, no era un anhelo inalcanzable. De hecho, le gustaba pensar que tenía todas las virtudes necesarias para inspirar esos sentimientos en el hombre correcto. El problema era que no conseguía encontrarlo. Su madre habría dicho que era muy joven, claro, que esa era su primera temporada formal y que pronto empezaría a recibir propuestas que podrían estudiar para elegir al caballero apropiado, pero lady Sinclair hablaba de todo ello con la misma formalidad y displicencia que mostraba en una transacción comercial o al encargar un vestido a la modista. Anna lo veía de modo muy distinto. Ella imaginaba que, cuando conociera a su futuro esposo, caería fulminada de amor a primera vista en medio de un salón, demasiado impresionada para controlar sus impulsos, deseosa de acercarse a él para decirle todo. Sí, le confesaría que llevaba mucho tiempo esperándolo y que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa

con el único fin de compartir la vida con él. Eso era amor. Era lo que William y Rose tenían, y lo deseaba también para sí.

Ignoró a la vocecilla que le susurró al oído que las cosas entre su hermano y su cuñada habían sido mucho más complicadas que eso y se enfocó en pensar tan solo en el resultado de esa historia de amor. Después de todo, no era tan inocente como para suponer que no había obstáculos en todas partes, pero ¿qué importaban cuando el final era tan glorioso? No tenía sentido pensar en cosas desagradables.

El reloj en el pasillo empezó a dar la hora y le provocó un sobresalto al advertir cuánto tiempo había transcurrido desde que había abandonado el salón. Lady Sinclair se encontraría furiosa.

Con un nuevo suspiro, esa vez de pesar, se encogió de hombros e intentó ajustar un broche del frente de su vestido. La modista había insistido en que el delicado rubí engarzado se veía extraordinario en contraste con la blancura del traje, y si bien suponía que debía de estar en lo cierto, ya había notado que la joya estaba demasiado suelta y que corría el riesgo de caer en cualquier momento. No era muy valiosa, nada en comparación con las que poseían en la familia, pero el brillo que proyectaba le parecía tan hermoso y radiante que habría odiado perderla. La fijó lo mejor posible y se prometió que la haría arreglar por un joyero tan pronto como pudiera, pero primero tenía que regresar al baile. Sin embargo, de nuevo oyó a alguien en el camino y, desde luego, se detuvo una vez más a aguzar el oído.

Esa sería la segunda indiscreción que cometía esa noche y la que traería las consecuencias más graves.

En esa ocasión no había nada de risas en la conversación que le llegó a los oídos, mucho menos murmullos de amor; pero las voces eran también familiares. Se preguntó si todos sus conocidos habrían decidido dejar el salón y enfrascarse en conversaciones privadas que ella no debía escuchar.

Reconoció en primer lugar la voz de lady Beatrice Cahill, la hija del conde de Falmouth, una de sus mejores amigas, que hablaba en ese tono sereno y maduro que tanto la caracterizaba y que Anna siempre había admirado.

Beatrice era una joven encantadora tan solo un año mayor que ella, pero tan seria para su edad que bien habría podido tener diez más y a nadie le habría extrañado. Lo que la mayoría encontraba desconcertante, en realidad, era que ella y Anna fueran tan buenas amigas. Incluso la señora Sinclair comentaba con frecuencia que nunca había visto a dos jóvenes tan distintas compartir una amistad tan entrañable. A Anna eso la tenía sin cuidado, claro; nunca se había detenido a cavilar acerca de sus diferencias. Tampoco había pensado jamás en el hecho de que ella nunca pensaba antes de actuar y parecía siempre estar en las nubes, mientras que Beatrice sentía la necesidad de meditar todo lo que hacía mil veces y desconfiaba hasta de su propia sombra. Tenían caracteres opuestos, cierto, pero no había nada de extraordinario en eso.

En ese momento, sin embargo, creyó detectar una leve inflexión de molestia en su casi siempre cortés y calmada amiga, de modo que dio unos pasos más en dirección al lugar del que provenía la conversación y ladeó la cabeza para oír con más claridad. Al mirar alrededor con mayor interés del que había mostrado hasta entonces, notó que se encontraba en el ala en que la familia Cahill tenía las dependencias privadas. En todo el pasillo, había una hilera de puertas tras las que se encontraban la biblioteca, el salón de música y el cuarto de dibujo que era el orgullo de lady Falmouth. Pero las palabras que escuchaba no provenían de ninguna de esas habitaciones, sino de la más alejada del pasillo, donde lord Falmouth acostumbraba despachar sus labores. Anna jamás había entrado allí. Aunque el conde le parecía un hombre encantador, le imponía demasiado respeto como para husmear entre sus cosas. Pero no era con milord con quien Beatrice departía, descubrió de inmediato

al acercar el rostro a la puerta entornada. No pudo ver al caballero con quien la joven hablaba porque estaba de espaldas a ella, pero habría podido reconocer esa voz en cualquier parte.

Lord Benedict Cahill era el hermano mayor de Beatrice y el heredero al condado. Era también, según el humilde parecer de lady Sinclair, el hombre más insufrible con el que había tenido la desgracia de tratar en toda la vida.

—Solo digo que, si no vas a disfrutar de la velada, bien podrías al menos no criticar a quienes sí lo hacemos.

El comentario de Beatrice surgió fastidiado, con el tono justo de mofa que cualquier joven de su edad usaría al dirigirse a un hermano mayor con el que tuviera alguna diferencia, y Anna no pudo evitar sonreír al oírla. Era como escucharse a sí misma discutir con William.

—No recuerdo haber criticado a nadie, pero, si así hubiera sido, sabes que jamás me referiría a ti o a Catherine.

La voz de lord Benedict era profunda y grave, con una entonación elegante en absoluto estudiada, pero, pese a la seriedad con la que hablaba, que podría haber resultado quizá demasiado formal, Anna captó también un leve dejo divertido que lo hizo sonar algo más juvenil. En realidad, él solo tenía cinco años más que ella, aunque le gustara comportarse como si fueran muchos más, recordó Anna al tiempo que ponía los ojos en blanco y contenía a duras penas un resoplido.

Al atisbar con mucho cuidado, vio que Beatrice estaba sentada con la espalda muy recta en una poltrona al lado de la chimenea y que mantenía el rostro elevado para mirar a su hermano.

—Pero sí a mis amigos —indicó ella.

—Ya dije que no he hecho tal cosa.

—Acabas de hacerlo hace solo un minuto —insistió—. Vine a preguntar por qué has decidido mantenerte aquí como un ermitaño, y respondiste que no tienes ningún interés en relacionarte con un montón de tontos despreocupados.